



Poesías. Selección

Luis Vargas Tejada



Recuerdos

Fue un tiempo en que mi lira resonaba
con himnos de placer y de victoria,
y en que mi frente de Helicón la gloria
y el verde lauro con afán buscaba.

Mas ahora ¡ay, Dios! del infortunio esclava, 5

repasa triste la fatal memoria
de mi perdido bien ¡Qué transitoria
fue la dicha que entonces me halagaba!

Huyeron como el humo aquellos días 10
en que de mirto y flores coronado
brillaba entre festines y alegrías.

Y hoy ausente, proscrito y desterrado,
lloro las penas y las ansias mías,
en mi lóbrego asilo confinado.

Al anochecer

Ya muere el claro día
 tras la cumbre empinada de los cerros,
 y en rústica armonía
 saludan su esplendor que se despide
 los sencillos pastores. 5

Los zagales y perros
 conducen el ganado a la majada;
 el tardo insecto que la tierra mide
 de su morada oscura,
 por gozar de la brisa 10
 de la noche, a salir ya se apresura.
 Ostenta su hermosura,
 en medio al tachonado firmamento,
 la cándida lumbrera
 que desde su alto asiento 15
 refleja suavemente
 la luz que esparce la encendida esfera.
 ¡Ay, de cuán refulgente
 brillo refleja ufana
 su tersa faz galana! 20

¡Mírala, Clori! En su belleza mira
 la imagen del hechizo lisonjero
 que tu semblante inspira.
 ¡Qué lánguido suspira
 el céfiro ligero 25
 que los arbustos mueve,
 mientras sus ramas baña
 el fresco aljófara que la tierra embebe!
 Allí la blanda caña
 hacia la fuente su cabeza inclina, 30
 y a la avecilla que en su mimbres posa
 su propia imagen sin cesar engaña
 retratada en el agua cristalina.
 Cierra la tierna rosa
 su cáliz perfumado, 35
 y esconde ruborosa
 el ámbar deseado;
 ¡ay, cuanto más se oculta es más hermosa!
 Vamos a la colina
 que baña suave la sidérea lumbre, 40
 al pie de aquella encina
 que erguida allá se empina,

coronando del cerro la alta cumbre,
 o allá donde el torrente,
 saliendo de la breña, 45
 por el peñón tejado se despeña.
 Allá nos sentaremos, Clori mía,
 y disfrutando las tranquilas horas
 que mece en su regazo la alegría,
 nuestro tímido acento juntaremos 50
 a las voces canoras
 con que el bosque resuena;
 allí repetiremos
 la tierna cantinela
 que afables entonaron los pastores, 55
 cuando, concluida mi gravosa pena,
 coronó la fortuna mis amores.

△▽

El buey de carga

Aunque es ya costumbre añeja
 que sólo cosas fingidas
 hayan de ser admitidas
 para fábula o conseja,
 Fabio, de esta maña vieja 5
 voy a separarme aquí,
 contándote lo que vi;
 y porque mejor lo creas,
 añadiré como Eneas:
Et quorum pars magna fui. 10
 Sobre poco más o menos
 hará como cuarenta años,
 que un viernes por la mañana
 estábamos retozando
 en el patio del colegio 15
 una turba de muchachos.
 Casualmente por la calle
 pasaba un buey del mercado
 con su enjalma y nariguera,
 y por mal de sus pecados 20
 le vino el fatal antojo

de colarse a nuestro patio.

Al momento, o quier al postre,
viendo al animal tan manso,
toda la horda muchachuna 25
arremete a hostilizarlo;
unos a silbos lo aturden,
otros le dan hurgonazos,
otros le pegan palmadas
con los libros y las manos; 30
yo, que entre aquella caterva
era de los menos malos,
no dejaba de tirarle
pedradas de cuando en cuando.

Como él todo lo sufría, 35
por fin otros más osados
se trepan y se le montan
desde la cruz hasta el rabo,
queriendo hacer que galope
a fuerza de bulla y palos. 40

Hasta que el pobre animal,
molido ya y sofocado,
brama, brinca y patalea;
furioso, del primer salto
sacude los jinetillos, 45
que con bonetes y mantos,
Masústeguis y Nebrijas,
por el aire van volando.

Desparpaja y acornea
todo cuanto encuentra al paso, 50
y cual toro jarameño
en una plaza encerrado,
corre tumbando estudiantes
por el patio y por los claustros.

Unos quedan aturcidos, 55
los otros descalabrados,
Y otros escalera arriba
corren a ponerse en salvo.

Tan ciego estaba de rabia,
que vino a llevarlo su amo, 60
y también ¡quién lo creyera!
le metió su buen porrazo.

John Bull, es decir, Juan Toro,
llaman al pueblo britano.



editorial del cardo